

Masanobu Fukuoka

La revolución de una brizna de paja

Una introducción al cultivo natural



econautas

Masanobu Fukuoka

La revolución de una brizna de paja



ASUNTOIMPRESO

Masanobu Fukuoka

La revolución de
una brizna de paja

Una introducción al cultivo natural



ASUNTOIMPRESO

SEGUNDA EDICIÓN



Titulo Original:

The One-Straw Revolution: An Introduction to Natural Farming.

© Herederos de Masanobu Fukuoka

© Econautas Editorial, Argentina

Econautas Editorial.

Calle Ceibo s/n, San Miguel del Monte (7220),

Provincia de Buenos Aires, Argentina.

hola@econautaseditorial.com

ISBN 978-987-47936-0-7

Catalogación al final del libro.

Diseño y diagramación: Econautas Editorial

Créditos Colección Imprescindibles:

Producción y Diseño de Identidad visual y cubierta: Sensible Comunicación.

Créditos ilustración: naturalfarming.org, Creative Commons BY-SA 2.5

Se han efectuado los depósitos de ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Printed in Argentina / Impreso en Argentina, marzo de 2021.

Distribuido por Asunto Impreso.

econautas
COLECCIÓN IMPRESCINDIBLES


ASUNTOECO

ÍNDICE

Capítulo 1	
Revolución de un rastrojo	7
Capítulo 2	
Los cuatro principios de la Agricultura Natural	29
Capítulo 3	
Un agricultor habla claro	67
Capítulo 4	
Confusiones sobre la alimentación	101
Capítulo 5	
La necesidad aparece como la Inteligencia	121
Apéndice	
Bosquejo de un estatuto humano para el siglo XXI	145



ASUNTOIMPRESO

CAPÍTULO I

REVOLUCIÓN DE UN RASTROJO

MIRAD ESTE GRANO

Creo que esta brizna de paja puede originar una revolución. A primera vista, esta paja de arroz puede parecer ligera e insignificante.

Difícilmente nadie puede creer que puede ser el origen de una revolución. Pero yo he llegado a darme cuenta del peso y el poder de esta paja. Para mí esta revolución es muy real.

Observa estos campos de centeno y cebada. Cuando hayan madurado rendirán cerca de 5.900 kg de grano por hectárea.

Creo que esta producción iguala a la mayor producción de la Prefectura de Ehime. Y si iguala a la mayor producción de la Prefectura de Ehime puede fácilmente igualarse a la producción máxima obtenida en el país ya que Ehime es una de las mejores regiones agrícolas del Japón. Y sin embargo estos campos no han sido labrados desde hace veinticinco años.

Para la siembra, simplemente esparzo al voleo centeno o cebada por estos campos durante el otoño, mientras el arroz todavía está en pie. Unas semanas más tarde cosecho el arroz y esparzo su paja sobre los campos.

Es lo mismo para la siembra del arroz. Estos cereales de invierno se cosecharán hacia el 20 de mayo. Cerca de dos semanas antes de que hayan madurado completamente siembro al voleo la semilla de arroz entre el centeno y la cebada.

Después de que los cereales de invierno han sido cosechados y los granos trillados, esparzo la paja de cebada y centeno sobre el campo.

Supongo que la utilización de este método para sembrar arroz y cereales de invierno es único para este tipo de cultivos, pero hay un método más fácil todavía. Mientras nos acercamos al próximo campo dejadme señalar que el arroz que allí crece fue sembrado el otoño pasado al mismo tiempo que el cereal de invierno.

La siembra de todo el año se finalizó en este campo antes de Nochevieja. Notarás también que en los campos crece además trébol blanco y malas hierbas. El trébol se sembró entre el arroz a principios de octubre poco antes que el centeno y la cebada. No es necesario sembrar las malas hierbas, se siembran ellas mismas bastante fácilmente.

Así el orden de siembra en este campo es el siguiente:

A principios de octubre se sembró trébol al voleo entre el arroz; los cereales de invierno se sembraron unos días después, a mediados de octubre. A principios de noviembre se cosecha el arroz, y a continuación, se siembra el arroz del próximo año y se esparce la paja sobre el campo. El centeno y la cebada que ves enfrente tuyo fueron cultivados de esta forma.

El trabajo necesario para cultivar arroz y cereales en un campo de diez áreas (1.000m²) pueden hacerlo una o dos personas en cuestión de pocos días. Parece improbable que pueda haber una forma más simple de cultivar cereales.

Este método contradice completamente las técnicas de la agricultura moderna. Echa por la ventana tanto el conocimiento científico como el de la agricultura tradicional. Con este tipo de agricultura, que no utiliza maquinaria ni abonos químicos o pesticidas es posible obtener una cosecha igual o mayor que la explotación media japonesa. La prueba está madurando delante de vuestros ojos.

NADA EN ABSOLUTO

Recientemente, algunas personas me han estado preguntando por qué comencé a cultivar la tierra de esta forma desde hace tantos años. Hasta ahora nunca he discutido este tema con nadie. Se podría decir que no había nada que comentar sobre ello. Fue simplemente, cómo podría expresarlo, un shock, un destello, una pequeña experiencia la que constituyó el punto de partida.

Esta intuición cambió completamente mi vida. No es algo que pueda decirse con palabras pero puede ser expresado de una forma semejante a esta: “La humanidad no sabe nada en absoluto, no hay valores intrínsecos en nada, y cada acción es un esfuerzo fútil, sin sentido”.

Esto puede parecer descabellado, pero si quiero expresarlo en palabras es la única forma de describirlo. Este “pensamiento” se desarrolló súbitamente en mi cerebro cuando era todavía bastante joven. No sabía si esta intuición de que todo el entendimiento y esfuerzo humanos no son de provecho era válida o no, pero si examinaba estos pensamientos y trataba de desecharlos, no podía encontrar dentro de mí nada para contradecirlos. Solamente la creencia de que esto era cierto ardía en mi interior.

Generalmente se piensa que no hay nada más espléndido que la inteligencia humana, que los seres humanos son criaturas de un valor especial y que sus creaciones y conocimientos, tal como se reflejan en la cultura y la historia, son maravillosos. De todas formas esta es la gran creencia común.

Dado que lo que yo estaba pensando era una negación de lo anterior, era incapaz de comunicar mi opinión a nadie. Eventualmente decidí dar forma a mis pensamientos, ponerlos en práctica y así determinar si mis ideas eran verdaderas o falsas. Pasar mi vida trabajando la tierra cultivando arroz y cereales de invierno, éste fue el camino que decidí emprender.

¿Y cuál fue la experiencia que cambió mi vida? Hace cuarenta años, cuando yo tenía la edad de veinticinco, trabajaba en el Departamento de Aduanas de Yokohama en la sección de inspección de plantas. Mi trabajo principal consistía en inspeccionar las plantas que entraban o salían del país para detectar posibles insectos portadores de enfermedades.

Tuve la fortuna de disponer de gran cantidad de tiempo libre, que pasaba en el laboratorio efectuando investigaciones relacionadas con mi especialidad en fitopatología.

Este laboratorio estaba situado cerca del parque Yamate y sobremiraba el puerto de Yokohama desde el acantilado. Directamente enfrente del edificio estaba la Escuela Católica, y al Este estaba la Escuela Ferris para muchachas. Era un lugar muy tranquilo, el ambiente perfecto para dedicarse a la investigación. El investigador del laboratorio de fitopatología era Elichi Kurosawa.

Yo había estudiado fitopatología con Makoto Okera, un profesor de la Escuela Gifu de Agricultura, y había estudiado con Suehiko Igata del Centro de Experimentación Agrícola de la Prefectura de Okayama.

Fui afortunado en ser alumno del profesor Kurosawa. A pesar de que éste era bastante desconocido en el mundo académico, fue el investigador que aisló y propagó en cultivo el hongo que causa la enfermedad “bakanae” en el arroz.

Fue el primero en extraer una hormona de crecimiento para las plantas, la giberelina, del cultivo del hongo. Esta hormona cuando es absorbida en pequeña cantidad por las jóvenes plantas del arroz, tiene la particularidad de causar que la planta crezca anormalmente alta; sin embargo cuando se utiliza en exceso produce la reacción opuesta, ocasionando el retraso en el crecimiento de la planta.

Nadie prestó mucha atención a este descubrimiento en el Japón pero en el extranjero se convirtió en un tema de activa investigación. Poco después un americano utilizó la giberelina para la obtención de

la uva sin semilla. Yo consideraba a Kurosawa-san (san es un título formal para dirigirse en Japón, tanto a hombres como a mujeres) como a mi propio padre, y bajo su dirección construí un microscopio de disección y me dediqué a la investigación de enfermedades causantes de gomosis en troncos, ramas y frutos de cítricos americanos y japoneses.

Mirando a través del microscopio observé cultivos de hongos, crucé varios de ellos y creé nuevas variedades causantes de enfermedades. Estaba fascinado con mi trabajo. Dado que éste requería una concentración profunda sostenida, había veces que caía inconsciente mientras trabajaba en el laboratorio. Esta era también la época de los altos espíritus juveniles, y yo no pasaba todo el tiempo encerrado en el laboratorio de investigación. Vivía en la ciudad portuaria de Yokohama, lugar inmejorable para divertirse y pasar un buen rato. Fue durante este tiempo que ocurrió el siguiente episodio.

Atento y con la cámara en la mano, estaba paseando por el muelle cuando divisé una hermosa mujer. Pensando que sería un buen motivo para una fotografía le pedí que posase para mí. Le ayudé a subir a la cubierta de un barco extranjero y le pedí que mirase en esta o aquella dirección mientras la fotografiaba.

Ella me pidió que le enviase copias de las fotos cuando estuviesen reveladas. Cuando le pregunté dónde debía enviárselas respondió simplemente “A Ofuna” y se fue sin mencionar su nombre. Después de haber revelado el carrete, le enseñé las fotos a un amigo y le pregunté si la reconocía. Este dijo sorprendido: “Es Mieko Takamine, la famosa estrella de cine”.

Inmediatamente le envié a ella, a la ciudad de Ofuna, diez fotografías ampliadas. Antes de que transcurriese mucho tiempo recibí de nuevo las fotos por correo, autografiadas. Sin embargo faltaba una. Pensando sobre ello más adelante me di cuenta que esta era un perfil que le había tomado de cerca y que probablemente mostraba algunas arrugas en su rostro. Yo estaba encantado y sentí que había tomado un reflejo del alma femenina.

Otras veces, a pesar de ser tosco y desmañado frecuentaba una sala de baile en el área de Nankingai. Una vez vi allí a la popular cantante Noriko Awaya y le pedí un baile. Nunca podré olvidar lo que sentí durante este baile porque estaba tan desbordado por su enorme cuerpo que incluso no podía poner mi brazo alrededor de su cintura.

En cualquier caso yo era un hombre muy ocupado y afortunado, transcurriendo mis días admirando el mundo de la naturaleza revelado a través del ocular de mi microscopio, impresionado entre la similitud entre este diminuto mundo y el gran mundo del universo infinito. Por las noches, acompañado o solo, salía a divertirme.

Creo que fue este tipo de vida sin sentido, junto con la fatiga del exceso de trabajo, lo que finalmente condujo a mis desmayos en el laboratorio de investigación. La consecuencia de todo ello fue que contraí una pulmonía aguda y fui colocado en la habitación de tratamiento de pneumotorax en el último piso del hospital de la policía.

Era invierno y a través de un cristal roto, el viento introducía remolinos de nieve alrededor de la habitación. Se estaba caliente debajo de las mantas, pero mi cara parecía de hielo. La enfermera me tomaba la temperatura y desaparecía al instante.

Como era una habitación privada, la gente raramente entraba. Sentí como si hubiese sido colocado en el severo frío del exterior, y de repente me sumergí en un mundo de abandono y soledad. Me encontré cara a cara con el temor a la muerte. Cuando ahora pienso en ello, parece un temor sin sentido, pero en aquel tiempo lo tomé seriamente.

Fui finalmente dado de alta en el hospital pero no podía salir de mi depresión. Hasta entonces ¿en qué había depositado mi confianza? Había vivido despreocupado y satisfecho pero ¿cuál era la naturaleza de mi complacencia? Estaba en una agonía de duda sobre la naturaleza de la vida y la muerte.

No podía dormir ni concentrarme en el trabajo. Tampoco podía encontrar alivio en las caminatas nocturnas por la colina y el puer-

to. Una noche, mientras caminaba por una colina que dominaba el puerto me desplomé exhausto y somnoliento contra el tronco de un gran árbol. Permanecí allí, ni dormido ni despierto hasta el amanecer. Todavía puedo recordar que era la mañana del 15 de mayo.

Deslumbrado, contemplé el amanecer sobre el puerto pero de alguna forma sin verlo. A medida que la brisa subía hacia la cumbre de la colina, la niebla matinal desapareció de repente.

Justo en ese momento apareció una garza nocturna, dio un fuerte graznido y desapareció perdiéndose en la distancia. Podía oír su aleteo. En un instante desaparecieron todas mis dudas y la niebla sombría de mi confusión.

Todo aquello que había mantenido con firme convicción, todo lo que ordinariamente había confiado fue barrido por el viento. Noté que solamente entendía una cosa. Sin ser consciente de ello, estas palabras salieron de mis labios: “En este mundo no hay nada en absoluto...” Sentí que no comprendía nada. (“No comprender nada” en este sentido es reconocer la insuficiencia del conocimiento intelectual).

Pude ver que todos los conceptos sobre los que me había apoyado, incluso de la misma noción de existencia eran fabricaciones vacías. Mi espíritu se aligeró e iluminó. Estaba bailando locamente de alegría. Podía oír el piar de los pequeños pájaros en los árboles y ver resplandecer a las distantes olas bajo el sol del amanecer. Las hojas bailaban verdes, centelleantes. Sentí que esto era el verdadero paraíso sobre la tierra. Todo lo que me había poseído, todas las agonías, desaparecieron como sueños e ilusiones y algo que se podría denominar “la verdadera naturaleza” se reveló ante mí.

Creo que podría decirse sin error que a partir de la experiencia de aquella mañana cambió completamente mi vida. A pesar del cambio, seguí siendo en el fondo un hombre común y corriente y no ha habido cambios de este estado desde entonces hasta el tiempo actual. Visto desde el exterior, no hay persona más vulgar que yo, y no ha habido nada extraordinario en mi vida diaria.

Pero la seguridad de que sabía esto no ha cambiado desde entonces. He pasado treinta, cuarenta años, comprobando si me había equivocado o no, reflexionando cuando continuaba hacia adelante, pero ni una vez he encontrado evidencia que se opusiera a mi convicción.

Que esta realización en sí misma tiene gran valor no significa que haya ligado en mí ningún valor especial. Sigo siendo un hombre simple, justamente un viejo zorro, para decirlo de alguna manera. Al observador casual le puedo parecer humilde o arrogante.

Les repito una y otra vez a los jóvenes que trabajan conmigo que no traten de imitarme, y realmente me enfado si hay alguien que no se toma este consejo en serio. Pido, en cambio, que vivan simplemente en la naturaleza y se esfuercen en su trabajo cotidiano. No, no hay nada especial en mí, pero lo que he vislumbrado es de gran importancia.

REGRESANDO AL CAMPO

El día siguiente a esta experiencia, el 16 de mayo, fui a mi lugar de trabajo y presenté mi dimisión irrevocable. Mis jefes y amigos estaban sorprendidos. No sabían cómo tomarlo. Organizaron para mí una fiesta de despedida en el muelle pero el ambiente era un poco peculiar. Este joven hombre, que hasta el día anterior se había llevado bien con todo el mundo, que no parecía particularmente insatisfecho de su trabajo, quien, por el contrario se había dedicado de todo corazón a sus investigaciones, había anunciado de repente que se iba. Y allí estaba yo riendo alegremente.

En aquel tiempo hablaba a todos de la siguiente forma: “A este lado está el muelle, en el otro el malecón nº 4. Si piensas que hay vida en este lado entonces la muerte está en el otro. Si quieres librarte de la idea de la muerte, entonces debes librarte de la noción de que hay vida en el otro lado. La vida y la muerte son una misma cosa”.

Cuando decía esto, todos se preocupaban todavía más de mí: ¿Qué está diciendo? Debe de estar loco, debían de haber pensado.

Todos me vieron partir con tristeza. Yo fui el único que salió alegremente de buen humor.

Durante esta época mi compañero de habitación estaba muy preocupado por mí y sugirió que me tomara un tranquilo descanso, tal vez en la Península de Boso. Así que partí.

Hubiese ido a cualquier lugar si alguien me lo hubiese pedido.

Subí al autocar y viajé a lo largo de muchos kilómetros, observando el mosaico de campos y pequeñas aldeas repartidas a lo largo de la carretera. En una parada vi una pequeña señal que rezaba: “Utopía”. Allí bajé del autocar y emprendí la marcha en su busca.

En la costa había un pequeño albergue, escalando un acantilado encontré un lugar con una vista realmente maravillosa. Permanecí en el albergue y pasé los días ociosos entre las altas hierbas de las praderas que sobremiraban el mar. Pueden haber sido unos cuantos días, una semana o un mes, pero de todas maneras permanecí allí por algún tiempo. A medida que los días pasaban se iba apagando mi alegría, y empecé a reflexionar sobre lo que había ocurrido. Se podría decir que de nuevo estaba volviendo a ser yo mismo.

Fui a Tokyo y permanecí allí una temporada pasando los días caminando por el parque parando a la gente en la calle y hablando con ella, durmiendo aquí y allá. Mi amigo estaba preocupado y vino a ver cómo me las estaba arreglando. “¿No estás viviendo en un mundo imaginario, en un mundo de ilusión?, me preguntó. “No”, le respondí. “Eres tú el que está viviendo en un mundo imaginario”.

Ambos pensábamos: “Yo estoy bien y tú vives en un mundo irreal”. Cuando mi amigo se despedía yo le contesté algo parecido a “no digas adiós, partir es justamente partir”. Mi amigo parecía haber perdido toda esperanza.

Abandoné Tokyo, viajé a través del área de Kansai y llegué tan lejos como Kvushu. Me estaba divirtiendo deslizándome de un lugar

a otro con la brisa. Reté a mucha gente con mi convicción de que nada tiene sentido ni valor, que todo regresa a la nada. Pero esto era demasiado o demasiado poco para que el mundo de cada día lo comprendiese. No había ninguna posibilidad de comunicación.

Yo solamente podía pensar en este concepto de la no-utilidad como algo de gran beneficio a la humanidad, particularmente a la humanidad actual que se mueve tan rápidamente en dirección opuesta. Entonces viajaba con la intención de llevar la palabra por todo el país. El resultado fue que a cualquier sitio que iba era tomado por un excéntrico. Así que regresé a la explotación de mi padre en el campo.

Mi padre cultivaba mandarinos y yo me instalé en una cabaña en la montaña y empecé a vivir una vida muy simple y primitiva. Pensé que si aquí como cultivador de mandarinas y cereales, podía realmente demostrar mis pensamientos el mundo los reconocería como ciertos. En vez de ofrecer cientos de explicaciones ¿no sería el mejor método poner en práctica esta filosofía? Mi método del “no-hacer” para cultivar la tierra comenzó con este pensamiento. Era el 13° año del reino del presente emperador, 1930.

Me instalé en la montaña y todo fue bien hasta el momento en que mi padre me confió los árboles de fruta del vergel. Él había podado previamente los árboles dándoles la forma de “vasos de sake” para que el fruto pudiese ser recolectado con facilidad. Cuando los dejé abandonados en este estado el resultado fue que las ramas se entrecruzaron, los insectos atacaron los árboles, y la totalidad del vergel se secó en poco tiempo.

Mi convicción era la de que los vegetales crecen por sí mismos y no deberían ser cultivados. Había actuado en la creencia de que todo debía ser abandonado a su curso natural, pero encontré que si se aplicaba repentinamente esta forma de pensar, antes de que transcurra mucho tiempo las cosas no van bien. Esto es abandono, no “agricultura natural”.

Fukuoka, Masanobu

La revolución de una brizna de paja : una introducción al cultivo natural / Masanobu Fukuoka. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Econautas Editorial, 2021.

156 p. ; 20 x 14 cm. - (Imprescindibles)

Traducción de: Rodale Press.

ISBN 978-987-47936-0-7

I. Agricultura Orgánica. 2. Alimentación. 3. Soberanía. I. Press, Rodale, trad. II. Título.

CDD 306.349

www.econautaseditorial.com

